

El jardín de las estatuas



Hace mucho tiempo, existía un lugar mágico que guardaba grandes maravillas y tesoros del mundo. Para acceder a este lugar bastaba cumplir un requisito: ser una buena persona.

Allá fueron a buscar fortuna Andrés y Beto, dos jóvenes amigos. Andrés fue el primero en probar suerte, pues cada persona debía afrontar sus pruebas solo. Pronto se encontró en medio de un bello jardín, adornado por cientos de estatuas tan reales, que daba la sensación de que en cualquier momento podrían echar a andar. Pero Andrés no quiso distraerse de su objetivo, y conteniendo sus ganas de seguir junto a las estatuas, siguió caminando hasta llegar a la entrada de un gran bosque. Esta estaba custodiada por dos

estatuas de piedra gris. Junto a la entrada se podía leer una inscripción: “La bondad de tu carácter deberás a las piedras contar”.

Así que Andrés dijo en alta voz:

- Soy Andrés. Una buena persona. A nadie he hecho ningún mal y nadie tiene queja de mí.

Tras un silencio eterno, las estatuas comenzaron a cobrar vida y una dijo amablemente:

- Excelente, tu bondad es perfecta para este sitio. Está lleno de estatuas como tú: ¡a nadie hacen mal, y nadie tiene queja de ellas!

Y en el mismo instante, Andrés sintió cómo todo su cuerpo se paralizaba completamente, pero seguía viendo, oyendo y sintiendo. Lo justo para comprender que se había convertido en una más de las estatuas que adornaban el jardín.

Poco después era Beto quien disfrutaba de las maravillas del jardín. Pero al contrario que a su amigo, la visión de aquellas estatuas, y sus ojos tristes e inmóviles, le conmovieron hasta el punto de acercarse a tocarlas una por una, acariciándolas, con la secreta esperanza de que estuvieran vivas. Al tocarlas, sintió el calor de la vida. Continuando su camino vio a Andrés, tan inmóvil y triste como los demás. Beto, olvidando para qué había ido allí, hizo cuanto pudo por liberar a su amigo y a muchos otros; se acercó a las estatuas que custodiaban la entrada al gran bosque. Leyó la inscripción, pero sin hacer caso de la misma, habló en voz alta:

- Otro día defenderé mis buenas obras. Pero hoy tengo un amigo atrapado por una maldición, y muchas otras personas junto a él, y quisiera pedir su ayuda para salvarlos...y lo logró.

Cuando feliz Beto se disponía a cruzar la puerta, el propio Andrés lo detuvo. Y echando la vista atrás, hacia todas las demás estatuas, Andrés dijo decidido:

-Espera, Beto. No volveré a comportarme como una estatua nunca más. Hagamos algo por estas personas.

Y así, los dos amigos terminaron encontrando la forma de liberar de su encierro en vida a todas las estatuas del jardín, de las que surgieron cientos de personas ilusionadas por tener una segunda oportunidad para demostrar que nunca más serían como estatuas, y que en adelante dejarían de conformarse con no hacer mal ni tener enemigos, para también hacer mucho bien y saber rodearse de amigos.